

CÓMO DEJAR DE SER DE IZQUIERDAS (PERO SIN HACERSE DE DERECHAS)

José Antonio de la RUBIA GUIJARRO
Asociación Andaluza de Filosofía (España)

ANTHONY, Andrew, *El desencanto, El despertar de un izquierdista de toda la vida*, trad. de Núria Petit, Ed. Planeta, Barcelona 2009, 376 páginas.

Hace tiempo que los conceptos de *izquierda* y *derecha* perdieron todo su sentido político, si es que lo tuvieron alguna vez. Los seres racionales construimos el sentido cuando establecemos tesis, con pretensiones de validez, acerca del hombre y el mundo. Cuando esas tesis se convierten en ideologías, la validez se desvanece porque ya no buscamos fuentes de normatividad que nos indiquen qué es lo correcto o incorrecto sino que se transforman en prejuicios, en el sentido literal del término. Dichos prejuicios son, naturalmente, a priori, lechos de Procusto por los que hacemos pasar el conocimiento de la realidad independientemente de cómo sea esta, son esencialmente utópicos. Eso se hace porque lo que estamos construyendo antes de toda experiencia no tiene nada que ver con un mundo que nos podría imponer un límite a nuestros discursos sino que, más bien, está relacionado con nuestro sentido de la identidad y la pertenencia a un grupo. Esa es la causa de que izquierda y derecha, a pesar de ser políticamente obsoletas, sigan conservando todo su vigor sociológico y, por tanto, se transmitan a la política, e incluso a nuestra vida cotidiana, como una mera proyección. Una cierta mitología nos obligaba a establecer esas categorías, supuestamente antagónicas, en función de los contenidos del lenguaje, nos forzaban a analizar lo que decían unos y otros o, lo que es peor, pretendían determinar nuestra elección por alguno de los dos bandos, como en un partido de fútbol. Pero, ¡ay!, la realidad resultó ser demasiado compleja, un maldito lío, y dentro de esa realidad, aparecía un nivel casi cósmico de enrevesamiento cuando se pretendía delimitar de forma unívoca la naturaleza humana. En efecto, se empezaba por ahí, el problema de si éramos por naturaleza buenos o malos, individuales o sociales, biológicos o culturales, libres o condicionados, esto o lo otro: ya se estaban formando los equipos y animando las aficiones. Sin embargo, la verdad de lo que se pudiera decir era algo irrelevante cuando entraba en escena el factor ideal, ya no el mundo que es sino el que ha de ser, ya no el qué decir sino el qué hacer. En ese momento, los hechos tampoco intervenían como instancia regulativa porque lo que estaba en cuestión era un mero objeto de deseo: cómo anhelamos organizar la vida humana. Parecía inevitable, por tanto, que la gente optara por esa vida futura en función de cómo le fuera en la situación actual, y así se abrieron las puertas del vestuario y saltaron al campo los dos contendientes. A unos la vida les sonreía y preferían no cambiar nada o, en su defecto, lo menos posible, lo justo para que todo siguiera

igual. Como su bienestar procedía de la historia, se dedicaron a venerar lo viejo, todo lo nuevo les producía pánico, *reaccionaron* y exclamaban “cualquier tiempo pasado fue mejor”, “Oh tempora! Oh mores!” y cosas por el estilo. A los otros les iba fatal, miraron hacia atrás con ira y pensaron que había que cambiar lo máximo posible o, en su defecto, todo. Decían “la tierra será paraíso”, “se fue una rosa pero vendrán mil” o algo parecido. Y así comenzó el *derby* entre los *conservadores* y los *progresistas*. La liga se decidiría en el partido final. Hemos comenzado hablando de fútbol pero es que, después de todo, vamos a comentar un libro recomendado por Nick Hornby, notorio hincha del Arsenal y autor, por si no lo sabían, de *Fiebre en las gradas*.

El contenido de las tesis que pudieran sostener derechas e izquierdas, repitamos, era irrelevante, la dicotomía no se establecía en niveles lógicos o epistemológicos. La filosofía analítica nos enseñó décadas atrás que lo importante de las ideas no es lo que nos dicen sino lo que hacemos con ellas, y aquí el problema era eminentemente práctico, lo verdaderamente decisivo era señalar los fines de la acción humana, los objetivos que nos guiarían; las teorías vendrían después. No obstante, sí había algunas diferencias de actitud, aparte de las obvias de intereses. La izquierda rechazó el orden antiguo y hubo una época, entre la Ilustración y el liberalismo, en que ganó mucho terreno político, pero el planteamiento revolucionario de Marx arrojó por el desagüe al agua sucia y al niño: todo debía ser nuevo. Y todo fracasó. La impronta que dejó en el pensamiento de izquierdas fue un sentido utópico basado en una teoría de la naturaleza humana, y un determinismo casi metafísico; los logros de la Ilustración y el liberalismo, que también eran progresistas porque se enfrentaban al Antiguo Régimen, fueron rechazados. La derecha, a su vez, mantenía una idea del ser humano basada, fundamentalmente, en el cristianismo, pero, aparte de su propósito de conservar el *status quo*, no aportó elementos teóricos nuevos, sino que, a lo largo de los siglos XIX y XX, fue fagocitando tesis de una forma instrumental. El conservadurismo es, por así decir, una ideología sin ideología. Alguien dijo que eran conservadores con respecto a los derechos conquistados pero reaccionarios ante los derechos por conquistar. Es por todo esto que la izquierda ha fracasado mucho y se le puede reprochar mucho, desde el *gulag* hasta el desastre en la educación, mientras que la derecha nunca metió la pata, sólo ha tropezado en la misma piedra que la izquierda: la esencia de la humanidad. La solución del enigma de por qué se equivocaron todos en esto es clara: pese a lo que diga Steven Pinker, un científico cognitivo de moda que está batiendo el record Guinness de escribir “naturaleza humana” en subtítulos de libros (y que prefiere aceptar la idea de *destino* antes que la de *libertad*¹), no existe tal cosa como un nivel que delimite concluyentemente nuestro comportamiento.

Así pues, durante la más reciente historia política los conservadores siguieron con su actitud parasitaria, y fueron aceptando la democracia, la división de

1. V. Steven Pinker, *La tabla rasa, La negación moderna de la naturaleza humana*, Ed. Paidós, Barcelona 2003, pág. 577.

podere, la libertad de conciencia, los derechos humanos, la igualdad ante la ley, la no discriminación, la seguridad social, etc. Se han vuelto “globalizadores”, cuando siempre prefirieron la autarquía nacionalista. Incluso algunos se volvieron laicistas, pero hoy en día no dejan de ser una avanzadilla, situación que seguirá existiendo mientras el cristianismo proporcione el sentido de identidad personal y pertenencia a un grupo de la forma tan fuerte como lo hace. Tiempo al tiempo. Mientras tanto, la izquierda postmarxista conservó el legado utópico y determinista del viejo barbudo, pero a la vez rebuscaba desordenadamente en el taller de las ideas para encontrar algo que pudiera funcionar, como cuando queremos arreglar un cacharro al que no sabemos qué le pasa, desde el psicoanálisis hasta el existencialismo, pasando por el estructuralismo, el situacionismo, diferentes versiones del anarquismo, la crítica a la Ilustración de la Escuela de Frankfurt, el ecologismo, el relativismo cultural, el feminismo o la *new age*. Acaban de descubrir el nacionalismo, cuando siempre fueron internacionalistas, a condición de que la nación esté oprimida, e incluso cuando deja de estarlo. Algunos han rematado la faena volviendo al cristianismo, haciéndose musulmanes, enganchándose a la heroína, pasándose a la derecha, qué sé yo. De lo que no cabe duda es que, hoy en día, el pensamiento progresista gira, básicamente, en torno a dos polos: el *republicanismo*, por un lado, y el *posmodernismo* (en sus versiones *pensamiento débil*, *french theory*, *postestructuralismo*, etc.), por otro. El republicanismo, y sus empalagosas “virtudes ciudadanas”, es demasiado sesudo, demasiado teórico y demasiado tostón para hacerle caso, mientras que el posmodernismo no sólo ha penetrado en la política de izquierdas sino que es un auténtico fenómeno social, está en la calle, en las leyes, en las mentalidades y en las conductas. Por si algún lector no sabe de qué estoy hablando, le diré lo siguiente²: cada vez que oiga hablar de “corrección política”, “cuestiones de género”, “multiculturalismo”, “discriminación positiva”, “alianza de civilizaciones”, “políticas de identidad”, “verdades relativas”, “inteligencia emocional”, “opiniones respetables”, “derecho a la diferencia”, *and so on*, está oyendo conceptos posmodernos. Y si piensa que todo eso está calando sobremanera en las conciencias de todo el mundo, ya se puede dar cuenta del despiste que tienen los sociólogos “progres” que dicen que nuestra era está dominada por el pensamiento “liberal-conservador”. El problema del posmodernismo no reside solamente en su irracionalismo antiilustrado, su relativismo o, simplemente, su actitud papanata, sino en sus tics utópico-autoritarios. La izquierda, en el fondo, sigue rechazando la libertad porque no la considera algo auténtico, niega la realidad de la condición humana y reniega de una serie de valores ilustrados y liberales en ocasiones tan sólo porque ahora los defiende la derecha. Piénsese, por poner un ejemplo, en las políticas de “discriminación positiva”, hoy sostenidas por la izquierda y aborrecidas por la derecha en nombre

2. Aparte de recomendarle que se lea este libro: François Cusset, *French Theory, Foucault, Derrida, Deleuze & Cia. y las mutaciones de la vida intelectual en Estados Unidos*, Ed. Melusina, Barcelona 2005.

de la *igualdad*. Uno puede preguntarse perplejo cuándo fue la igualdad de derechas pero, a continuación, también puede preguntarse, con no menos perplejidad, por qué a tantos intelectuales les parece evidente que la “discriminación positiva” es progresista. La conclusión es palmaria: la izquierda resulta ser más conservadora que los propios conservadores. La izquierda es de derechas y los derechistas, cuando les conviene, y siempre con su ritmo lento, hasta parecen de izquierdas (incluso disfrutaban de más libertad de expresión, valor fundamental que la corrección política está expulsando del discurso “emancipador”). Esto está provocando que algunas personas lúcidas dejen de ser de izquierdas, como Andrew Anthony.

El desencanto (*The Fallout*), ha sido subtulado, en su edición española de portada fúnebre, “el despertar de un izquierdista de toda la vida”, pero el subtítulo inglés es mucho más expresivo: *How a Guilty Liberal Lost His Innocence*. Y es que el concepto de *culpa* es uno de los núcleos fundamentales de un libro que es, ante todo, una crónica autobiográfica. Anthony, un periodista inglés del que no sabíamos nada en España, escribe en el periódico progresista británico por excelencia: *The Guardian*. Llevaba una vida cómoda de profesional liberal en la que todo encajaba a la perfección, especialmente en su universo mental izquierdista que pivotaba en torno a la culpa, imperialista, occidental, masculina, blanca y heterosexual. Como a todos los “progres”, le encantaba relamerse su sentido de culpabilidad por todos los males del mundo. Sin embargo, ocurrió un acontecimiento, el 11-S, que le hizo pensar y, a partir de ahí, ajustar cuentas con su pasado. El libro, que está muy bien escrito y argumentado, arranca de ese acontecimiento. Cada uno recuerda dónde se encontraba el 11-S y Anthony no es una excepción, nos cuenta el *shock* que le produjo el ataque a las Torres Gemelas cuando lo vio en la pantalla de un cine. Pero la auténtica conmoción se la produjo la lectura e interpretación del atentado que, apenas unas horas después de este, realizaron todas las luminarias izquierdistas. Lejos de verlo como lo que fue, un cruel y arbitrario asesinato en masa de miles de personas, cuyo único delito fue estar allí, a cargo de un grupo de fanáticos totalitarios, el instinto progresista inmediatamente se activó para buscar *las causas*³. Aunque Anthony cita continuamente a Marx, no dice que ese instinto es una genuina herencia marxista, pero ya lo digo yo. El marxismo no sólo pretendía ser una doctrina emancipadora sino ante todo una teoría científica del individuo, la sociedad, la economía, la historia y, en definitiva, el mundo humano. Seguro que el filósofo renano tiene su tumba de Highgate desgastada de tanto revolverse al oír cómo sus recetas políticas eran calificadas de “utópicas” (él, que acusó a los socialistas utópicos de falta de ciencia), e incluso debe estar revolviéndose ahora que le estoy llamando “filósofo” (él, que escribió *Miseria de la filosofía*). El análisis causalista del ataque, del que Anthony pone numerosos ejemplos británicos, era tópico y simplista, ya estaba precocinado mucho tiempo antes de los hechos: los parias de la tierra se vengaban de las agresiones imperialistas de Occidente

3. V. Andrew Anthony, *El desencanto, El despertar de un izquierdista de toda la vida*, trad. de Núria Petit, Ed. Planeta, Barcelona 2009, pág. 21.

en su centro simbólico y depravado, el santuario del capitalismo norteamericano que representa toda la maldad habida y por haber, del colonialismo a la agresión a Irak, del consumo a la pobreza del Tercer Mundo, del hambre al racismo, de las hamburguesas al bikini, lo que fuera. Para la izquierda, la individualidad es un epifenómeno, por eso no reparaba en los *sujetos*, tanto los que realizaron el atentado como quienes lo padecieron, eso significaría una especie de explicación minimalista inferior al análisis de caza mayor que suponía establecer como actores a Occidente, el Capitalismo, la Pobreza, el Imperialismo, etc., una especie de fuerzas telúricas sometidas a la imperiosa necesidad de las inexorables leyes de la historia. Pero si sólo se hubiera quedado ahí, la explicación progresista no habría alcanzado el nivel de perversión que floreció al interpretar el atentado como un acto de *justicia*, realizado contra quien era realmente culpable, Estados Unidos, Gran Satán que por fin probó su propia medicina. En definitiva, aunque no lo pretendieran porque estaban mirando a otro lado, estaban *justificando* el crimen.

A partir de ahí, Anthony somete al imaginario izquierdista a una deconstrucción en la que, brillantemente, aplica a su vez a los “progres” su propia pomada: la metodología de la sospecha. El carácter y la cosmovisión del progresista son caracterizados como una negación consciente de la realidad⁴, una represión de las dudas, una renuncia al autoconocimiento, una ideología cuya ortodoxia sofoca el debate y es cada vez más opuesta al progreso pero, sobre todo, es una ecuación que lo despeja todo a base de automortificarse engrandeciendo el sentimiento de culpa: “ser izquierdista y no sentirse culpable es un oxímoron”⁵. Ahora bien, ¿culpables de qué? No de lo que hacemos, sino de ser quienes somos. El progresista se siente culpable sólo por existir, es el pecado original de ser blanco, varón, occidental, vivir placentemente... Anthony sigue sintiéndose un liberal de izquierdas, pero denuncia que la izquierda, en vez de dedicarse a fomentar la libertad y la igualdad, no ha hecho más que desarrollar el sentido de agravio y de culpa⁶. Para ver cómo funciona esta psicología proyectiva contaré uno de los muchos ejemplos españoles análogos a los que describe Anthony. La noche de los atentados del 7-J en el metro de Londres, a los que el periodista inglés dedica también un capítulo, un conocido politólogo de izquierdas nos recordó en la cadena SER que no debíamos olvidar a los millones de personas que mueren continuamente de hambre. Lo primero que pensé al oírlo fue, francamente, a cuento de qué venía aquello ahora. Quizá él pensara que los oyentes teníamos el cerebro tan pequeño que no podíamos pensar en muchos muertos a la vez, y que no era justo que varias decenas de ellos, aunque todavía estuvieran calentitos, desplazaran a millones. Pero no era una cuestión de cadáveres sino de causalidad, lo que estaba insinuando es que los de Londres habían muerto debido a los que mueren de hambre. Y a los hambrientos, en realidad, también los habían matado.

4. *Ibidem*, pág. 34.

5. *Ibidem*, pág. 36.

6. *Ibidem*, pág. 35.

Nosotros. ¡Qué alivio se siente al no tener que condenar la culpa ajena cuando uno puede refocilarse lascivamente con la propia! Pura paz espiritual.

Pues bien, si su ideología progresista le hacía destilar e interiorizar un sentimiento de culpa por existir, Anthony acepta el desafío y nos cuenta orteguianamente su vida y circunstancias o, mejor, nos narra un agustino viaje interior. Como no tenemos mucho espacio ni tampoco queremos librar a los lectores de esta nota de la tarea de leer el libro, nos limitaremos a dar algunos detalles. Nacido en un suburbio pobre de Londres, sin hambre pero sin el confort de la clase media, hijo de padre sindicalista y de madre con prejuicios raciales, sus primeros contactos con el mundo de las ideas se realizan en el colegio. Para ser más precisos, en la escuela pública, un santuario izquierdista diseñado no para tonterías como enseñar y aprender sino para traer al mundo la justicia social. El contraste entre el caos, la violencia y los prejuicios de todo tipo que imperan en las aulas, y la actitud adánica e impotente del profesorado progresista, le llaman la atención a posteriori. Impagable la anécdota con la profesora *hippy*. Se suponía que debía hacerse socialista, y así lo hizo, todas sus acciones debían encaminarse a “cambiar la sociedad”. No destinado por su clase a cursar estudios, se malemplea como mozo en los almacenes Harrods. Allí le pilla el thatcherismo y empieza a comprobar el carácter de culto que tiene la extrema izquierda, su dogmatismo y cómo “convirtieron la realidad en un terreno que no se podía pisar”⁷ para no “hacerle el juego a la derecha”. Imbuido de espíritu solidario, marcha como cooperante a la revolución nicaragüense donde, a pesar de comprobar *in situ* los errores, arbitrariedades y despotismo tanto de los sandinistas como de sus *fans*, sigue conservando la fe, pero “Nicaragua puso en marcha una revolución en mi cabeza”⁸ descubriendo, por ejemplo, uno de los principios nefastos del pensamiento progresista: la convicción de que “poner en cuestión a los amigos era por definición ayudar al enemigo. Y del mismo modo, para demostrar una oposición total al enemigo, era preciso apoyar a sus enemigos. Es la misma falacia que emponzoña el pasado de la política progresista y cercena considerablemente el desarrollo de su futuro”⁹.

De vuelta a Inglaterra, se licencia en Historia y Ciencias Políticas y, de nuevo, se malemplea, esta vez como redactor en una pequeña revista a cuyo jefe, un pobre desgraciado, se dedica a odiar. En ese trabajo ocurre un episodio importante que le lleva a convertirse en liberal “sin adherirme a nada”: el descubrimiento de la *responsabilidad*. Imbuido de odio al sistema y a su jefe, roba alegremente unos bonos de tren y, al verse ante los tribunales, comprueba lo gratuita, innecesaria e injusta que había sido su acción pero, a diferencia de Dostoievski, no se transforma de revolucionario de pacotilla a reaccionario meapilas (“el camino que algunos lectores querrán descubrir en estas páginas”¹⁰) sino que simplemente reconoce el legado de la Ilustración: “libertad de expresión, tolerancia social y religiosa,

7. *Ibidem*, pp. 78-79.

8. *Ibidem*, pág. 106.

9. *Ibidem*, pág. 98.

10. *Ibidem*, pág. 119.

el imperio de la ley, la democracia”¹¹. Y concluye: “Desde que era adolescente, toda una serie de maestros, profesores y personas que admiraba me habían vendido la idea reconfortante de que la culpa era del sistema, o del gobierno, o de la sociedad en general. Ya era hora de desengancharme. Ya era hora de aceptar responsabilidades”¹².

A partir de ahí el libro se transforma en un análisis más temático aunque siempre salpicado de anécdotas personales, casi siempre extraídas de su experiencia periodística. Así analiza los crímenes y fracasos del comunismo y su apoyo por parte de una intelectualidad ciega y, por tanto, totalitaria¹³, dedicando unas páginas de admiración al caso de Orwell¹⁴. Repasa las mentiras del multiculturalismo y de un antirracismo de salón que, al negar el principio de igualdad, en realidad está provocando más injusticia y más racismo a cargo de quienes hacen del victimismo una industria para satisfacer intereses. No siempre el malo es Estados Unidos, Occidente o El Sistema. En el caso del islamismo en Europa, tema que desarrolla en profundidad¹⁵, achaca pertinentemente a una izquierda social e institucional su negativa a ver lo profundamente reaccionario que es apoyar, por miedo paranoico a la “islamofobia”, a un movimiento totalitario que, de hecho, está actuando criminalmente. El abandono de los principios ilustrados por parte del posmodernismo relativista en el poder no sólo no está combatiendo al racismo sino que está alentando, tras el espejismo del aparentemente progresista “multiculturalismo”, fenómenos de anulación de derechos, censura, desigualdad y conflictos sociales que, hipócritamente, se prefiere no ver, atrapando a los ciudadanos en una cárcel identitaria de la que, paradójicamente, también extrae beneficios la extrema derecha. El carácter antidemocrático de un islamismo al que nuestros izquierdistas multiculturales no paran de dar cancha se refleja, obviamente, en el fenómeno terrorista, pero Anthony también explica casos como el de Salman Rushdie¹⁶, el caso del asesinato de Teo Van Gogh y la persecución de Ayaan Irsi Ali (a la que homenajea con un capítulo¹⁷) o las caricaturas danesas de Mahoma. Fue este episodio, un caso flagrante de ataque a uno de los valores ilustrados fundamentales, la libertad de expresión, utilizando el chantaje, la violencia y la coacción en nombre del “respeto a las creencias” el que, según nos cuenta el autor, le llevó a escribir el libro.

Andrew Anthony no se ha convertido en un reaccionario conservador, no ha elegido la vía del converso que se pasa a la derecha con todas las armas de irracionalismo y dogmatismo que tenía en la izquierda. No lo oiremos jamás en las

11. *Ibidem*, pág. 121.

12. *Ibidem*, pág. 121.

13. *Ibidem*, pág. 131.

14. *Ibidem*, pág. 143.

15. Por cierto, el texto no deja de cometer la errata de denominar al pañuelo islámico, *hiyab*, como *yihab*, en un involuntario juego de palabras.

16. *Ibidem*, pág. 159.

17. *Ibidem*, pp. 311 y ss.

tertulias de la COPE británica, o lo que tengan por allí (aunque, si fuera español, probablemente hace tiempo que habría dejado *El País*). Es laico y secular¹⁸, se declara ateo¹⁹ pero, sobre todo, es capaz de expresar dudas y perplejidades que ningún pope de izquierdas o derechas, por lo visto, va a expresar jamás. Por ejemplo, dedica un capítulo a la invasión de Irak en el que reconoce las mentiras, errores e ilegalidades de la invasión pero, a la vez, no desea que Irak se vea hundido en el infierno con tal de demostrar el fracaso de Bush o Blair²⁰. No siempre es brillante, por lo menos no en el capítulo en el que se dedica a destruir a Michael Moore de una forma demasiado *ad hominem*. Anthony no tiene la *hybris* de Christopher Hitchens²¹ (quien, por cierto, también aparece por el libro). Pero es en el capítulo dedicado a la delincuencia donde da el do de pecho. Si fue el descubrimiento de la responsabilidad lo que le transformó en liberal, su encuentro con la delincuencia, el uso dañino de la libertad, le lleva a distanciarse del recetario izquierdista para explicar el crimen y combatirlo. Robos, violaciones, asesinatos, etc. van contra nuestro sistema de derechos. La actitud pasiva de quien hace de Don Tancredo ante el crimen (como narra en el suceso de la paliza a la chica) o espera a que llegue el paraíso en la tierra, mientras se niega a reconocer el hecho de que no siempre la conducta delictiva es achacable a la pobreza o la desigualdad, desestructuran en realidad a la sociedad y al sentido de lo común. El crimen no es la forma que tiene el delincuente de hacer justicia social, hay que acabar con la mitología del robo y con el tipo de discurso autojustificador que saben hacer todos los que violan el derecho a la propiedad de los demás. ¿Qué hacer entonces? Anthony propone una medida ya conocida: legalizar las drogas²². No se trata de una idea muy popular, también la rechazan derechas e izquierdas, lo cual hace pensar hasta qué punto está poco distribuida la sensatez.

Quizá *El desencanto* no sea un libro muy profundo y documentado, unas veces es algo reiterativo y otras es bastante simple, pero es lúcido, valiente y, sobre todo, es un libro sincero y carente de prejuicios. También le falta algo de compensación, ¡qué interesante hubiera sido un análisis del “antiantisemitismo” de unos frente a la “islamofobiafobia”, el término con el que titula Anthony un capítulo, de otros! Pero, con todo y eso, ya es más de lo que son capaces de escribir muchos de nuestros líderes intelectuales, especialmente en España.

18. *Ibidem*, pág. 233.

19. *Ibidem*, pág. 293.

20. *Ibidem*, pp. 265 y ss.

21. V. Christopher Hitchens, “Las mentiras de Michael Moore”, *Letras Libres*, septiembre de 2004.

22. V. Andrew Anthony, op. cit., pág. 228.